

Enrique Arturo Diemecke: "Sigo siendo un niño"

por José Noé Mercado

“El domingo, después del concierto, se me acercó un señor que traía de la mano a un chico de siete u ocho años”, relata el director de orquesta Enrique Arturo Diemecke. Se refiere a un programa musical infantil ofrecido en el Auditorio Nacional, con motivo del Día del Niño. “En forma muy animada, me dijo: ‘Maestro, he seguido su carrera musical desde que estaba así, como mi nieto. Éste es mi nieto y lo traigo a verlo a usted como me traía mi abuelo a mí, como me traían mis padres’. Entonces me sentí viejo y le dije al señor que no contara que el niño era su nieto, sino que dijera al menos que era su hijo.”

El director de orquesta mexicano, en la actualidad director artístico del Teatro Colón y desde hace 12 años titular de la Filarmónica de Buenos Aires, en Argentina, sonrío con la anécdota en esta entrevista en exclusiva para los lectores de *Pro Ópera*. En efecto, han pasado muchos años, décadas, desde que se plantara



Enrique Arturo Diemecke, al frente de la Filarmónica de Buenos Aires
Fotos: Arnaldo Colombaroli/Teatro Colón



por primera vez en un podio, de los muchos que ha pisado. Su acercamiento a la música, a instrumentos como el piano, el violín, la viola, la flauta, el clarinete, las cañas dobles, las percusiones —“he estado en todas las secciones de una orquesta”, recuerda sin presunción—, son relaciones que incluso vienen de más atrás, rebasan el medio siglo.

“El atractivo importante de lo que me dijo aquel señor es lo que acarrea”, explica Diemecke, exdirector artístico, entre otras agrupaciones, de la Orquesta Sinfónica Nacional y de la Orquesta Sinfónica del Instituto Politécnico Nacional. “Significa que aprendió de la sensibilidad que encontró en la música, en mis conciertos, y eso ahora lo comparte con sus hijos, con sus nietos. Mis primos, por ejemplo, igual vinieron a verme y me dijeron que habían estado también en mi primer concierto y que ahora que están un poquito más grandes y presenciaron el más reciente, les sigue fascinando, como si volvieran a vivir aquellos momentos de hace muchos años.”

La música podrá ser la misma, pero hay algo diferente que nos dice en cada ocasión que la escuchamos, ¿no cree, maestro? Ese punto lo relaciono con algo que explicaba en su concierto, frente a los niños: que la música contiene experiencias de vida y lo que uno atraviesa como persona le da significado a esa música y es cuando cobra sentido.

Claro, porque en el papel las notas son como las letras de un libro o como la imagen en una pintura: simplemente están plasmadas ahí y punto. ¿Pero qué es lo más importante de ese cuadro, de ese libro o de esa partitura? Que recobra vida a través de los ojos y el espíritu del ser humano; y esa es la magia que tienen las artes: que no están ahí nomás para adornar una pared, para llenar un estante o un atril. Se tiene que poner a un músico a leerla, a descifrarla, así como un lector para descifrar el libro o un espectador para mirar una pintura, y entonces esas obras a cada quién les dice algo distinto.

Y evidentemente estamos escuchando sonidos, pero al mismo tiempo son fragmentos de vida, de emociones, de pensamientos, de temores, de alegrías. Pero esto que comentamos, que parece tan lógico y obvio, considero que a muchos músicos se les olvida y es cuando quizás al público le cuesta trabajo entrar en su trabajo, por muy técnico que sea. ¿De dónde saca usted toda esa energía y gama expresiva?

De la música. Yo crecí en una familia de músicos y desde niño la música se escuchaba en la casa desde las seis de la mañana de un día hasta las tres de la mañana del día siguiente, todos los días. Porque iban los primeros alumnos a estudiar, a practicar piano, y muchos de ellos no tenían pianos en sus casas y se les facilitaba la oportunidad de tocar en los pianos que teníamos en la academia. Y en el transcurso de la mañana comenzaban a venir más alumnos a practicar otros instrumentos. Al mediodía comenzaban las clases de solfeo, armonía, historia de la música. Después, iniciaban las clases particulares y en la noche, como a las nueve, venían las clases de ópera, de canto, cuyos alumnos iban a practicar sus arias mientras los maestros los escuchaban; o iban para que los escucharan vocalizar porque apenas estaban descubriendo su tesitura. Y a la medianoche llegaban los bailarines y venían a montar sus espectáculos y algunos se quedaban hasta las tres de la mañana.

Entonces escuchábamos música todo el día y de todos los estilos porque, incluso, había gente a la que le gustaba la música popular; entonces se daban, por ejemplo, clases de guitarra y acordeón (viviendo en Monterrey, todo mundo quería aprender a tocar el acordeón norteño), guitarra clásica o guitarra popular. Se les enseñaba la técnica para tocar; los maestros eran mis padres. Mi papá se encargaba de los instrumentos de orquesta: violín, chelo, contrabajo, clarinete, trompeta, que eran los más populares; y mi mamá se encargaba del piano y el acordeón. Luego teníamos a mi cuñado, que era también maestro de piano de alumnos más avanzados, y de las clases de solfeo. Mi papá también se encargaba de esas clases cuando mi cuñado impartía la de historia de la música. Para las clases de ópera venía una cantante de Monterrey: la maestra Goicoechea; ella daba las clases de canto y traía a su maestro de piano acompañante, que era Gerardo González Guerrero.

Quien después estuvo al frente de la Compañía de Ópera allá, en Monterrey...

Así es. Con ellos armábamos los conciertos sinfónicos y de ópera que mi papá dirigía; nosotros tocábamos en la orquesta y hacíamos numerosos conciertos. Cantaban los alumnos de la maestra Goicoechea, o de la academia propiamente, nosotros tocábamos y mi papá dirigía. Para nosotros era crecimiento y aprendizaje... y mejor aprendizaje creo que no podíamos tener, porque no lo estábamos leyendo en un libro ni viéndolo en una película: lo



“ *Sigo siendo un niño al que le gusta seguir descubriendo, creciendo; al que le gusta soñar el futuro, que cree en Santa Claus... Porque todo eso existe en nuestra imaginación* ”

estábamos viviendo. Estábamos escribiendo el libro, por así decirlo.

Y, claro, las historias que nos podían leer de los grandes compositores, de los grandes autores, nos ayudaba más a comprender que aquello era lo que queríamos hacer. Queríamos vivir esas vidas, estar en ese camino de la música, gozar de ese privilegio de ser artistas. Así, aprendimos que la música no solo es para los músicos; no. La música es para que alguien la pueda bailar, para que alguien la pueda cantar, para que alguien la pueda tocar.

Y como les decía yo ayer a todos al final del concierto, la música es hasta para aquél que abre las puertas de un edificio, de un teatro, o de una sala de ensayo, el que pone las sillas, el que pone las partituras en los atriles, el que va y limpia los asientos y acomoda la sillería, el que recolecta los boletos de la entrada, el que hace los anuncios y por supuesto el público que asiste: todo eso es parte de la música.

¿Y esa filosofía humanista de la música está funcionando? ¿Cuál es su lectura como artista, como músico, de lo que estamos viviendo en nuestro mundo, en nuestro país?

La respuesta es muy sencilla: si no existiera la música clásica, no existiríamos nosotros ya. De verdad, ya no existiríamos. No esperemos siquiera a analizar lo que está pasando ahora: no existiríamos ni tendríamos la oportunidad de decir lo que está sucediendo hoy. Si bien estamos tocando música que para algunos es música vieja, antigua, porque fue compuesta hace cincuenta, cien, doscientos o trescientos años, estudiémosla un segundo; detengámonos en qué pasó desde que Johann Sebastian Bach compuso sus obras: ¿qué sucedió en ese tiempo transcurrido hasta hoy? Hubo cambios políticos no sólo en su área, en Alemania; hubo cambios sociopolíticos radicales en Europa y en todo el mundo; fuertes modificaciones históricas en que caían monarquías, cambiaban las ideologías y había reformas religiosas, división de países, reinos que desaparecieron y se convirtieron en repúblicas. ¿Y la música de Bach? Ahí sigue, intacta.

Influyó tanto la música de Bach y la de todos los grandes compositores de sus respectivas épocas —Claudio Monteverdi, Giovanni Pierluigi de Palestrina... tantos que podemos

mencionar— que consiguió que la música se convirtiera en una ciencia, que no nada más se quede en algo alegórico. Es una ciencia, y ya estamos entrando a un terreno que le va a dar perpetuidad, porque no va a ser fácil que se extinga o que alguien la pueda extinguir.

En Europa, que ha tenido muchos cambios políticos, ¿qué ha sido lo único que no ha desaparecido, por más revoluciones que hubo, con un Napoleón que quiso controlar desde Francia a toda Europa; o un Hitler que quiso controlar desde Alemania a toda Europa? La música siguió, las artes siguieron. A lo mejor se destruyeron pinturas y libros porque se incendiaron o los quemaron, pero la música no. Porque es un lenguaje que al mismo tiempo se puede escribir para que lo lean otros, que se transmitió de boca en boca, pasando por la tradición, de un oído al otro y de ahí a reproducirlo; el cantante con su voz, el instrumentista con su instrumento, el bailarín con sus movimientos de los pies a la cabeza.

En ese punto siempre me detengo, paro el tren y digo: “Analicemos por qué esta música sigue existiendo”. Ahí, justo, cobra sentido que un señor, un abuelo, un padre, venga y me diga que llevó a su nieto a un concierto, a su hijo, como a él lo llevaron hace 25 años. Entonces, Bach tenía razón.

Maestro, ¿cómo se encuentra ahora como artista y persona? ¿Quién es hoy en día Enrique Arturo Diemecke después de estos años profesionales y de múltiples experiencias musicales que han pasado en su trayectoria? Su agenda siempre está llena y, aunque es parte de lo mismo, también realiza labores distintas como dirigir por primera vez a la Orquesta Sinfónica del Estado de México, en la que inició como violinista hace ya algunas décadas. Debe ser muy estimulante conocerse y a la vez redescubrirse en sus esencias y capacidades...

Hay una cosa que a lo mejor no debería de decir, pero te lo diré: sigo siendo un niño. Sigo siendo un niño al que le gusta seguir descubriendo, que le gusta seguir creciendo, que le gusta soñar el futuro, que cree en Santa Claus. Porque sí señores, sí existe; sí existe el Niño Dios; existe el Buda, el Nirvana, el infierno... Todo eso existe en nuestra imaginación.

Y quiero que todo eso siga existiendo: el seis de enero, los festejos judíos de fin de año, o el Ramadán. Yo he estado en muchos



centros religiosos, los he visitado con la vista de un niño que quiere descubrir cuáles son las similitudes que tenemos los seres humanos, y la verdad es que todos somos igualitos. ¿Pero qué nos diferencia? Aquello en lo que creemos y aquello en lo que dejamos de creer.

Por eso soy como un niño que quiere descubrir de todo. Ahora bien, no tengo siete años. Obviamente, ha corrido mucha agua debajo del puente, entonces todo lo que descubro ya lo veo con ese razonamiento de un ser que ha vivido; le llevo ventaja a un niño de siete años que no ha vivido todo eso, pero me puedo atrever a decir que sí me gustaría ser un niño. Y quizás un niño me diría: a mí me gustaría tener tu edad y tener todo lo que tú tienes, y yo le diría que hay que trabajar para tener lo que yo tengo o, más bien, lo que él no tiene.

Ésa es mi forma de ser. A veces la gente no me entiende y muchos me ven como que soy un poco irreverente, que estoy jugando demasiado y que no estoy tomando las cosas en serio. Yo les digo: “Señor, mi seriedad está en el podio; ahí es donde yo soy lo que debo de ser. Afuera del podio soy un mortal, un jugueteón, un niño con mis tiempos de estudio, claro, con mi partitura con la que me acuesto para repasarla, estudiarla, poniéndola en la memoria, en el cuerpo, el oído, la vista, el gusto, en los músculos, para que la música fluya cuando salga a un concierto e invite a todos los músicos a sincronizar sus corazones al mismo ritmo y luego contagiemos al público para que también sienta ese mismo latido en su corazón”.

¿Cómo se ha sentido en Argentina? Estoy al tanto de que ha recibido diversos premios, que ya lleva doce años en la Filarmónica de Buenos Aires y que hay una consolidación lírica en un teatro de por sí con una importante tradición operística como es el Colón.

Artística y musicalmente ha sido fantástico. El teatro ha tenido

reconocimiento de años por poseer una acústica fantástica que muchos consideran la número uno del mundo. Grandes artistas de todas las épocas han querido estar ahí, por lo menos una vez en la vida. No por nada estuvieron ahí Erich Kleiber, Arturo Toscanini y Richard Strauss, quien dirigió algunas de sus óperas. A Gustav Mahler no le dio tiempo de ir, pues murió en 1911, aunque el teatro abrió en 1908. Cuando he dirigido obras de Mahler en él, siempre ha estado lleno. Tres mil lugares. Eso no ocurre en cualquier teatro, menos aún en América. En Europa sí, pero sólo en algunos.

Ha sido un honor estar al frente de las organizaciones artísticas de un teatro tan importante. La misión de los grupos artísticos, que son mi encargo como Director General Artístico, es develar que la calidad y la excelencia siempre es ascendente en ellos. Hemos logrado que cada año seamos reconocidos como las mejores agrupaciones. Y la crítica ha sido popular; el público que asiste mantiene las funciones totalmente llenas. Hay crisis económica y, sin embargo, la gente va y compra sus entradas para actividades que no están subsidiadas, que no son precisamente baratas.

¿Qué tan costoso es asistir a las funciones?

Los boletos más caros pueden costar de 170 a 200 dólares para la ópera nacional, porque luego tenemos una programación que es internacional y que pueden costar 250. Claro que si compras tu abono, hay descuentos. Y también hay entradas que cuestan 7 u 8 dólares, porque no está subsidiado y el teatro es un ente autárquico y —aunque sí: la nómina está cubierta por la ciudad, somos empleados de la ciudad y pues eso también libera un poco el presupuesto— todo lo que va generándose va entrando de las ganancias de la taquilla. Entonces reingresa. No puedo decir qué porcentaje porque no es mi área exacta, pero por lo que tengo entendido regresa mucho. Es un edificio que hay que mantener, y lo que entra se gasta en su mantenimiento. Se logró esa autarquía que hizo que lo que entraba no se fuera a Hacienda y luego a ver cuándo regresa; eso fue un beneficio y la asistencia del público es increíble.

Tocamos también de forma gratuita en algunos lugares para aquellos que no pueden pagar, pero al Colón, al Teatro Colón, la gente viene mucho. Las entradas que son más caras son las que tenemos en los conciertos internacionales. Por ejemplo, en estos días tuvimos a la Sinfónica de Londres con Simon Rattle; luego tendremos a la Filarmónica de Israel con Zubin Mehta y de solista a Martha Argerich; también vienen orquestas de cámara muy importantes, cantantes como Aida Garifullina y Elina Garanča y, por supuesto, ya están agotadas las entradas. Y tendremos a las hermanas Labèque y a Lilya Silberstein, por ejemplo.

También tenemos diversas voces, algunas argentinas que ya triunfan en el extranjero y otras que son todavía jóvenes, que aún no se escuchan en todos lados. Las presentaremos porque van a ir a las casas importantes de Europa y Estados Unidos muy pronto, por lo que durante algún tiempo ya no se les podrá traer, sobre todo cuando llenen sus calendarios. Y este año cerramos con *Los cuentos de Hoffmann*, producción en la que va a estar presente el tenor Ramón Vargas, así que estamos de lujo en el Colón. ●